

1 Doscientos ocho euros con cuarenta y seis céntimos

¡Uf! ¡Doscientos ocho euros con cuarenta y seis céntimos, casi nada!

Juan se levantó las gafas hasta la frente con la mano izquierda, mientras con la mano derecha se frotaba los ojos, empequeñecidos y cansados. Empequeñecidos de tantas horas de trabajar en aquel local mal iluminado y cansados de dormir menos de lo necesario. Tenía que levantarse muy temprano cada mañana para ir al mercado central y, además, las horas que estaba en la cama solían ser en su mayor parte de insomnio: demasiados quebraderos de cabeza.

¿Cómo lograría reunir al día siguiente por la mañana los casi doscientos diez euros que necesitaba para pagar aquella factura? ¡Si no tenía un duro!

Ya se lo decía a Ramón, su hijo de dieciséis años, cada vez que le pedía dinero para salir con los amigos:

—No tengo dinero, muchacho. Tu madre cocinando en el colegio y yo trabajando en la tienda, hacemos lo que podemos para sacarte a ti adelante. Pero lujos no podemos darte.

Y Ramón nunca lo entendía y siempre se enfadaba. Claro que la culpa de todo la tenía la mujer. Ella fue quien se empeñó en llevar al hijo al colegio de la parte alta de la ciudad donde ella hacía de cocinera y donde, por esta razón, el chico podía estudiar gratis. Pero no era el colegio que le convenía, Juan lo sabía; el ambiente era desmesuradamente lujoso.

Maquinalmente, apretó el botón que abría la caja registradora: casi vacía. Sí, ya sabía que no había ni cinco. Aquel día había hecho poco dinero, aunque fuese, como siempre, la única tienda de ultramarinos en aquella zona cara de la ciudad que había abierto a primera hora de la mañana y que cerraba pasadas las nueve. El lema de Juan era: de sol a sol, al servicio de la clientela. Incluso

de tres a cinco de la tarde, cuando la reja de hierro estaba cerrada, las clientas podían golpear el cristal.

—Juan, ábrame, por favor, que necesito pan rallado para rebozar la carne.

—Juan, por favor, ¿me puede abrir, que en casa nos hemos quedado sin papel higiénico?

Y Juan, que dentro de la tienda tomaba un bocadillo y un poco de fruta a modo de comida, las oía y decía:

—Ya va, ya va.

Y abría la reja para dar a las clientas de toda la vida aquello que necesitaban con tanta urgencia.

Sin embargo, a pesar de la dedicación de Juan, el negocio no prosperaba. Las señoras del barrio estaban acostumbradas a las mejores marcas de arroz, de pasta, de embutidos, de atún... Y Juan no siempre podía vender aquellas marcas caras: un mes sí y otro también, pero al tercero se retrasaba en el pago de la factura y el proveedor no le servía a tiempo el producto.

—Mire, señor Serrat —le decían—, yo no le puedo vender doscientos litros de aceite de oliva

refinado hasta que no me pague el que me debe desde el veinte de octubre.

Y así siempre. Claro, eso las clientas no conseguían entenderlo: un día les subía a casa un aceite de oliva que era una maravilla y, tiempo después, otro aceite muy poco refinado y casi indigerible.

Por otra parte, las condiciones de su tienda —y decía «suya» con mucho orgullo porque hacía cerca de quince años que la tenía— no eran las mejores para atender a una clientela, digamos remilgada. La tienda era pequeña, no mucho más allá de quince metros cuadrados, es decir, tan grande como una habitación de matrimonio de las de los pisos de antaño. En aquellos quince metros cuadrados que se abrían al pie de la calle, Juan había metido un congelador bastante grande donde almacenaba verduras, pescados y platos precocinados; un mostrador con quesos, embutidos y yogures, y suspendida sobre el cristal, una balanza; un mostrador pequeño con una caja registradora; y sobre todo, estantes, muchos estantes en las paredes del local; y en los estantes, productos de todo tipo: arroz, pasta italiana, pasta de

sopa, papel higiénico, lejía, zumos de fruta, vino... No cabían muchas muestras de cada producto en los estantes, a lo sumo cuatro o cinco de cada uno.

Pero en el interior del local había una trastienda pequeña que le servía de almacén y allí guardaba un remanente de cada artículo. Por la noche, cuando ya había acabado de vender y cerraba, se dedicaba a llenar de nuevo los estantes de la tienda. A aquella hora siempre le dolían los brazos de cargar las cajas de frutas y verduras de la tienda a la calle y de la calle a la tienda. También le dolían las piernas de tanto estar de pie. Pero, sobre todo, le dolía el corazón de ver que tanto esfuerzo no servía para sacar adelante el negocio.

¡Doscientos ocho euros con cuarenta y seis céntimos! ¡Claro que no había ni un euro en la caja! A las once de la mañana había pasado el cobrador de la luz con una factura que se tenía que pagar inevitablemente porque, en caso contrario, le cortarían el suministro. La electricidad era indispensable no solo para alimentar el congelador, sino también para iluminar, porque el local, incluso

durante las horas de mayor claridad, era muy oscuro.

Y además estaba muy mal ventilado. Las dos únicas aberturas que tenía al exterior eran la puerta que se abría a la calle y una pequeña y estrecha ventana que había en la parte alta de la pared del fondo de la tienda. Juan dejaba siempre entreabierta aquella ventana para que se fuesen los malos olores.

La ventana siempre abierta, que daba al patio de luces del edificio de pisos al que pertenecía la tienda de Juan, era una fuente de discusiones con la señora que vivía en el entresuelo.

—Juan —le decía la señora con el gesto torcido—, cualquier día me entrará en casa alguna rata que se escapará de la tienda.

—Señora Puigdefábregas, yo no tengo ratas en mi tienda.

Pero cuando no se quejaba de las posibles ratas, la señora Puigdefábregas se lamentaba de los olores que subían.

No es que fuese mala persona la señora Puigdefábregas, no. Simplemente velaba por sus

intereses. Una rata en casa no la hubiera hecho feliz. Y el mal olor tampoco le hacía ninguna ilusión, sobre todo porque a aquel patio de luces daba la habitación de matrimonio, y su marido, muy sensible al calor, necesitaba dormir con la ventana abierta en verano y en invierno, y a menudo se enfadaba por el olor que les invadía.

La señora Puigdefábregas era muy campechana e incluso divertida. Era una de las pocas señoras del barrio que siempre escribía las notas en catalán. Al principio Juan iba constantemente de cabeza descifrando los pedidos.

—Juan, por el amor de Dios, ¡si le pido manteca, no me ponga mantequilla! Mire a ver si lo entiende: *el llard* es lo que en castellano se llama manteca y *la mantega*, mantequilla.

Y así, poco a poco, Juan fue aprendiendo bastante bien el catalán. Le entró afición por conocer bien la lengua. Se compró un diccionario catalán-castellano, castellano-catalán, para poder saber más y, quizá un día, enseñarle alguna palabra nueva a la señora Puigdefábregas. Con ella siempre se daba panzadas de reír.

Aunque no siempre reía de aquella manera. Había clientas que no tenían el más mínimo sentido del humor: algunas estaban permanentemente mal-humoradas; otras se mostraban distantes porque él, Juan, era de otra clase social y lo despreciaban; las había muy desagradables, como la señora Enfruns.

La señora Enfruns siempre se quejaba, nunca nada era de su gusto. A veces se enfadaba porque el pedido de la tienda le había llegado demasiado tarde y entonces enviaba a la sirvienta a la tienda para quejarse.

—Dice la señora que ya le había dicho que necesitaba las cosas antes de las doce, y ya son las doce y media y aún no nos las ha traído. ¿No se da cuenta de que no tendremos la comida a punto cuando lleguen los invitados?

Aquella chica las debía de pasar moradas con la señora Enfruns, pero, si quería conservar el trabajo, no le quedaba otro remedio que aguantar las malas caras de la señora de la casa y llevar sus recados a la tienda, al mercado, a la panadería...

Siempre iba atareada y resoplando porque en casa de la señora Enfruns había mucho trabajo:

tenía que cocinar, tenía que lavar la ropa, tenía que comprar, tenía que sacar el perro a pasear...

El perro de la señora Enfruns era tan antipático como su dueña y tenía su misma cara de malas pulgas y su mismo ademán estirado.

Juan, aunque amante de los animales, no podía soportar a *Cuqui* porque tenía una especial predilección por hacer sus necesidades frente a la tienda. *Cuqui* siempre levantaba la pata cuando estaba junto a las cajas de verdura. Juan salía gritando. Si era la sirvienta la que llevaba a *Cuqui*, se iba avergonzada arrastrando al perro, que se negaba a andar. Si era la señora Enfruns la que paseaba a *Cuqui*, respondía al vocerío de Juan con gritos mucho más fuertes. Y es que la señora Enfruns tenía una voz muy potente y la usaba a diestro y siniestro. La usaba hasta en su casa. Juan lo sabía porque la había oído un puñado de veces chillar a todo el mundo, a los de fuera y a los de casa. En realidad, la señora Enfruns solo se mostraba amable con su perro:

—¿Quién es el ratoncito de la casa? —le decía cuando lo veía mustio y cabizbajo.

—*Cuqui*, bonito, precioso, ¿te comerás una patita de pollo? —lo llamaba para que fuera a despachar su comilona.

¡Mira que ofrecerle una pata de pollo al perro! Juan nunca podría dejar de pensar en los platos de mollejas que comían ellos en casa o en las cazuelas de patatas viudas que guisaba su mujer, porque no les sobraba el dinero como en casa de los Enfruns.

Como en casa de los Enfruns o como en casa de los compañeros de colegio de su hijo. Él jamás había ido a ninguna de aquellas casas, pero podía imaginar perfectamente el lujo, la abundancia desmesurada, a través de lo que oía contar a Ramón y a Julia, que tan bien conocía muchas anécdotas de las familias de casa bien.

—Estos niños sí que viven bien —solía decir Julia con un dejo de envidia en la voz—. Lo tienen todo, no les falta de nada.

—¿No ves, mujer, que eso no es bueno para ellos? Se acostumbran de pequeños a tener cualquier cosa sin esfuerzo. Que quieren un vídeo, ahí tenéis el vídeo; que quieren una moto, ahí tenéis la moto. Eso los estropea.

—¿Los estropea? Los hace felices y bien felices. Y yo, en la medida que pueda, haré lo mismo por Ramón. Si ahora no puedo dárselo todo, al menos le doy una buena instrucción en uno de los mejores colegios, y eso le permitirá en el futuro tener una buena profesión y vivir bien.

Juan siempre acababa esas conversaciones resolviendo. Su mujer le ponía nervioso cuando decía esas cosas. Le recordaba a la señora Rius, la que vivía tres casas más abajo de la tienda. La señora Rius era de las de quiero y no puedo. Siempre iba vestida con la misma ropa: elegante y cara, pero vieja y anticuada, de otra época, de la época en que debía de tener mucho dinero. La señora Rius se paseaba por la calle con aires de grandeza, con la cabeza altiva y la espalda recta. ¡Ah!, pero Juan no se dejaba engañar por ese porte de marquesa, porque sabía que la señora Rius pasaba apuros y más apuros. Cuando se acercaba a la tienda, siempre encargaba solo lo que necesitaba para la cena de aquella noche: un par de huevos, un tomate, una naranja... Hacía años que la señora Rius no le compraba una docena de huevos o un kilo de naranjas.

«¿Por qué es tan tonta la gente? —se decía Juan—, disimular de esa manera que van cortos de dinero, como si fuera algo de lo que avergonzarse.»

Pero, al mismo tiempo, ¡cuántos quebraderos de cabeza le producía no disponer de los doscientos diez euros que tenía que pagar al día siguiente! Juan se pasó la mano por el pelo, bueno, por lo poco que le quedaba y que él peinaba cada mañana hacia adelante para disimular su calva lisa y blanquecina.

Juan estaría rozando los cuarenta y seis años, aunque el aire triste de sus ojos color miel y la calva le hacían parecer más viejo. Tenía un grueso bigote y una boca de labios también gruesos que, cuando hablaba, se le llenaban de saliva porque lo hacía demasiado deprisa. El cuello de Juan era tan corto que parecía que la cabeza se le enganchara directamente al pecho. Era barrigón y no muy alto. Parecía buena persona.

Suspiró. El negocio no iba demasiado bien, cierto. ¡Qué lástima! Cuando lo puso, quince años atrás, su hijo Ramón tenía justamente un año y él treinta y uno llenos de ilusiones.

—Ya verás, Julia, ya verás. Ahora la tienda es muy pequeña, pero en cuanto pasen unos años, cuando el chico sea mayor, la ampliaremos comprando el local de al lado, la mercería, porque no creo que la dueña quiera hacer nada con el local cuando se jubile.

—¡Ay, Juan! Sueñas despierto —respondía Julia.

—Cuando tengamos los dos locales, pondremos un supermercado bien moderno y Ramón me ayudará. Ya habrá terminado los estudios primarios, será fuerte y joven para cargar cajas y ordenar las mercancías, y yo me sentaré a cobrar y a controlar. Y tú, Julia, podrás dejar de cocinar en el colegio.

Julia movía la cabeza y se iba sin decir palabra. Tenía otros planes para su Ramón. El chico sería médico o abogado o arquitecto, y no tendero.

Ahora el chico tenía ya dieciséis años, hacía cuarto de ESO y no parecía nada seguro que los deseos de su madre se cumplieren. No salía adelante en los estudios, cada año le quedaban colgadas cuatro o cinco. Y, sin embargo, Juan tampoco conseguía llevárselo a la tienda a trabajar con él.

¡Ramón estaba hecho un gandul! Era perezoso para los trabajos de la tienda y le avergonzaban. Julia siempre lo defendía.

—¡Hala, deja al chico tranquilo! ¿No ves que al salir del colegio no te puede ayudar, que tiene que hacer los deberes?

—Venga, Juan, no le hagas ir este sábado a la tienda, que ha quedado en salir con sus compañeros de colegio.

Juan miró el reloj. Las nueve. Era muy tarde. Tenía que ir a casa. Julia, y quizá Ramón, lo esperaban para cenar. Se quitó la bata azul marino, la colgó tras la puerta de la trastienda, se puso la cazadora, apagó las luces, salió a la calle y dio dos vueltas a la llave del candado.